

I Domingo Cuaresma

Génesis 9, 8-15; Pedro 3, 18-22; Marcos 1, 12-15

«Convertíos y creed en el Evangelio »

26 Febrero 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«Como era hombre, lo mataron; pero, como poseía el Espíritu, fue devuelto a la vida»

La gran tentación, y tal vez la más fuerte e importante en nuestra vida, es esa voz que nos sugiere y nos susurra al oído, que nunca vamos a cambiar. Nos miramos, miramos nuestro corazón tantas veces paralizado, y nos convencemos a nosotros mismos: «*El cambio no es posible*». Muchas veces constatamos que no avanzamos y así nos quejamos en la confesión: «*Siempre me confieso de lo mismo, nunca cambio*». Esta experiencia de límite nos aturde en ocasiones y nos puede llegar a quitar la esperanza. Pero el desaliento es el peor enemigo del alma. Allí donde Dios ha puesto nuestra fuerza se suele encontrar también nuestro talón de Aquiles, nuestra debilidad más fuerte. Pero no acabamos de aceptar esa debilidad, esa tendencia a caer, esa torpeza casi connatural que nos hace chocar una y otra vez con nuestros límites. Como dice Jackes Philip: «*Muy a menudo lo que impide la acción de la gracia divina en nuestra vida no son tanto nuestros pecados o errores como esa falta de aceptación de nuestra debilidad, todos esos rechazos más o menos conscientes de lo que somos o de nuestra situación concreta*»¹. La aceptación de nuestras debilidades, de nuestra pequeñez, de la realidad que vivimos, es el camino para lograr el cambio que soñamos. Sufrimos con frecuencia porque no llevamos la vida que quisiéramos llevar. Por eso las palabras de San Juan De La Cruz nos dan luz: «*Me parece que el secreto de la vida consiste simplemente en aceptarla tal cual es*». Tenemos que tener claro que la gracia actúa sobre la naturaleza. Si somos apasionados en nuestro actuar, y un gran fuego nos mueve por naturaleza en todo lo que hacemos, debemos contar con que, en ocasiones, podamos resultar agotadores para otros o llegar a arrasar con nuestra fuerza, hiriendo sensibilidades. Crecer no significa dejar de ser apasionados, ni apagar nuestra fuerza interior que da tanta vida. Eso, además de imposible, sería una pena, porque en ese fuego que arde está un don de Dios para la vida. Lo que sí podemos hacer es llegar a moderar el carácter en la relación cotidiana con los que nos rodean, para no herir sus sensibilidades, para no hacer daño con nuestro ímpetu. Podemos educarnos para ser algo más reflexivos y pacientes. Ese crecimiento es posible, pero pretender dejar de ser lo que somos por naturaleza, es sólo una quimera. **La gracia actúa siempre sobre la naturaleza.**

Partimos entonces del convencimiento de que es posible el cambio en nuestra vida.

Aunque a veces nos entran dudas, al constatar que siempre volvemos a caer. Sin embargo, no estamos condenados a no poder crecer como personas y cambiar. Al contrario, no podemos ampararnos en el hecho de ser de una determinada manera para justificar siempre nuestras acciones cuando estas molestan a otros. No podemos excluir con cierto aire de autosuficiencia: «*Es que soy así, no pretendas cambiarme*». El crecimiento debería ser la meta en nuestra vida. No podemos conformarnos con los mínimos. Crecer es madurar, es realizarse como personas, es aspirar a la santidad a la que Dios nos invita. El otro día leía: «*Cualquier persona consigue envejecer. Eso no exige talento ni habilidad. Pero la idea es crecer siempre encontrando la oportunidad de cambiar en las novedades. Los viejos no se*

¹ Jacques Philippe, “La libertad interior”

arrepienten de aquellas cosas que hicieron sino de aquellas que dejaron de hacer. Envejecer es obligatorio, crecer es opcional». La inmadurez nos hace infelices, el ser cada vez más maduros es lo propio de personas sanas que sueñan con llegar a ser lo que Dios quiere que sean, lo que ha pensado para ellos desde toda la eternidad. Y por eso es una premisa entender que, en la vida, Dios nos da siempre nuevas oportunidades para crecer. Por eso afirmamos con seguridad que el cambio es posible. En el Santuario María nos educa. Hablamos de la importancia de la autoeducación y centramos la escuela del aprendizaje en el santuario, nuestra escuela de María. Allí Ella es la gran educadora. A través de la alianza, de un vínculo personal con nuestra Madre, empiezan a cambiar cosas en nuestro corazón. Porque, como nos lo recuerda el P. Kentenich: «*Recordemos una gran verdad: el hombre no alcanza su plenitud con ideas, sino que depende de un tú personal. Sólo el que se entrega a un tú, encuentra la plenitud de su ser, vale decir, sólo el amor personal con su fuerza unitiva y asemejadora es capaz de transformar al hombre*»². Ella, a través de un vínculo personal con nosotros, de un amor cercano y maternal, se preocupa de hacer posible en nuestras vidas lo que en principio nos resulta imposible cambiar. **La gracia actúa, no como una cosa estática, sino como un movimiento del Espíritu en nuestro interior, que logra hacer triunfar el sueño de Dios para nuestra vida.**

El tiempo de la Cuaresma, esos cuarenta días de desierto, son una oportunidad para crecer. Nos detenemos, miramos nuestra vida y soñamos con crecer, con ser más, con pertenecer por entero a Dios. Miramos a ese Dios que nos salva y viene a nuestro encuentro. En este primer domingo recordamos la alianza de Dios sellada con el hombre. Es un pacto que cambia nuestra vida para siempre. Dios se abaja para elevarnos, Dios se hace pequeño para que podamos abrazarlo, Dios viene a nosotros en una historia de fidelidad. Así lo escuchamos en la primera lectura en la que recordamos la alianza de Dios con Noé y su descendencia: «*Yo hago un pacto con vosotros y con vuestros descendientes, con todos los animales que os acompañaron: el diluvio no volverá a destruir la vida, ni habrá otro diluvio que devaste la tierra. Y Dios añadió: -Ésta es la señal del pacto que hago con vosotros y con todo lo que vive con vosotros, para todas las edades: pondré mi arco en el cielo, como señal de mi pacto con la tierra. Cuando traiga nubes sobre la tierra, aparecerá en las nubes el arco, y recordaré mi pacto con vosotros y con todos los animales, y el diluvio no volverá a destruir los vivientes*» Génesis 9, 8-15. La alianza de Dios con el hombre lo salva, lo levanta del polvo, cambia su vida. Le muestra su amor y ese amor le anima a caminar. Decía el P. Kentenich: «*Aprended de los santos. Sólo cuando se supieron amados extraordinariamente por Dios, comenzaron a transitar las sendas de la santidad heroica*»³ Por eso el hombre no puede olvidarse de esa alianza, porque es la expresión más cálida del amor de Dios por nosotros. No puede olvidar que fue salvado de las aguas para siempre. Si se olvida, Dios se manifestará en un arco sobre el cielo para recordárselo. La cuaresma es el tiempo en el que Dios quiere recordarnos cuánto nos ama. Su alianza sigue viva en su corazón, aunque a veces nosotros nos olvidamos. **Por eso hoy alzamos la mirada a lo alto, miramos al Dios de nuestra historia, y renovamos nuestro sí a nuestro Padre.**

La Cuaresma es un tiempo de cambio y de conversión del corazón hacia Dios. Comenta S. Bernardo: «*¿Te preguntas de dónde te has de convertir? Refrena tus deseos. Pero, si en mis deseos no encuentro la sabiduría, ¿dónde la hallaré? Pues mi alma la desea con vehemencia, y no me contento con hallarla, si es que llego a hallarla, sino que echo en mi regazo una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. Porque, dichoso el que encuentra sabiduría, el que alcanza inteligencia. Búscalas, pues, mientras puede ser encontrada; invócalas, mientras está cerca*».

La conversión del corazón es la gracia que pedimos en nuestro caminar, es la sabiduría que suplicamos para aprender a vivir. Es el deseo profundo del corazón que anhela la paz,

² J. Kentenich, 1962

³ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 145

que sueña alto y aspira a las cosas más grandes. Es lo que pedimos. Suplicamos que Dios nos regale su sabiduría y nos permita caminar con un corazón nuevo. Pero, ¿queremos cambiar? ¿Qué deseos son los que mueven nuestro corazón, los que nos impulsan a la acción, los que nos animan a la entrega? Cambiar significa dejar de lado una forma de vida para comenzar a vivir según otros criterios. ¿Deseamos el cambio en realidad? Hoy en día nos dejamos llevar por criterios muy humanos para actuar: optamos por lo que más nos beneficia, por aquello que menos nos exige, por lo que menos cuesta, por lo más fácil o menos gravoso. Nos volvemos egoístas y pensamos sólo en nuestros intereses, sin mirar más allá. Los criterios de este mundo se hacen fuertes en el corazón. Ya casi ni nos sorprenden los grandes escándalos económicos o políticos, porque nos acostumbramos a las injusticias y **nosotros mismos las acabamos cometiendo porque todos las hacen.**

Al mirar nuestro corazón en estos días nos damos cuenta de una necesidad: hay muchas cosas que cambiar en nuestro interior. La conversión que más necesitamos es la conversión del corazón. Es necesario aprender a amar. Decía el protagonista de la película «*el Árbol de la vida*»: «*El único modo de ser feliz es amando. Si no sabes amar tu vida pasará como un destello. Sé bueno con los demás. Asómbrate. Ten esperanza*». Una conversión así es la que soñamos. No queremos conformarnos. No queremos acostumbrarnos a la forma de pensar del mundo. Queremos ser fieles a nuestros principios y luchar por aquello en lo que creemos. No queremos ser blandos, porque no nos parece válida una forma de pensar, de vivir, de amar, en la que el centro está en el yo y en la que se busca una felicidad egoísta. El centro debería estar puesto en el tú. No queremos ganar nuestra vida, queremos perderla por Cristo. No queremos reservarnos y perderlo todo, creyendo que hemos ganado el mundo. No queremos conformarnos con actuar como actúan muchos, sin pensar demasiado, sin reflexionar sobre lo que Dios nos pide. El pensamiento: «*Si muchos lo hacen no debe ser tan malo*», no nos ayuda a vivir. **Queremos cambiar y ser fieles a los deseos que Dios deja nacer, como una semilla, en el corazón.**

El tiempo que comenzamos es un tiempo de gracia, un tiempo en el que la conversión es un don de Dios. Dice el Evangelio: «*Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: - Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio*» Marcos 1, 12-15. Hemos recibido la ceniza y con ella hemos escuchado estas palabras: conviértete, cree en el Evangelio. Queremos creer más. El otro día escuchábamos que lo que le decía el padre de un hijo endemoniado a Jesús: «*Tengo fe, pero dudo; ayúdame*». Jesús sólo le había dicho lo que siempre decían sus actos y palabras: «*¿Si puedo? Todo es posible para el que tiene fe*» Marcos 9, 14-29. La fe es el don que pedimos cada día. La fe para confiar en la presencia de Dios que nos conduce y cambia. Queremos creer contra toda esperanza y confiar más allá de nuestras fuerzas. La fe nos anima a creer en lo que no vemos y a avanzar sin perder la confianza. Los sueños que viven en el alma nos sacan de nuestro conformismo y nos permiten hacer realidad lo que el otro día leía: «*Una existencia sin sueños es una semilla sin suelo, una planta sin nutrientes. Los sueños dan fuerza y te ayudan a entender que no hay crecimiento sin tempestades, períodos de dificultades e incomprensión*»⁴. Es el trato cercano que buscamos en el desierto con nuestro Padre. Huimos a la soledad para vivir en comunión. **Somos creativos para buscar momentos y ocasiones en los que poder descansar y dejar nuestra vida en sus manos.**

El tiempo de Cuaresma es un tiempo para el sacrificio. A veces nos asusta el uso de esta palabra. Sacrificar, sacrificarse, nos parecen verbos que han quedado obsoletos. El mundo parece ya no creer en la importancia del sacrificio. Hoy se nos pide sacrificarnos, renunciando a la comida, dejando de comer carne los viernes, justo cuando se vuelve más apetecible. Y se nos invita a sacrificar nuestro sueño para orar más y a ser más

⁴ Augusto Cury, “La revolución de los anónimos”, 20

generosos dando limosna. Es como si el sacrificio fuera contra nuestro deseo más fuerte de ser felices. El significado real de la palabra sacrificar es: «*Hacer sagrado*». Pasar las cosas al terreno de lo sagrado es colocarlas por encima del hombre. Cuando nos sacrificamos, cuando sacrificamos nuestros gustos, hacemos sagrada la entrega. Cuando sacrificamos nuestro tiempo dándoselo a los que lo necesitan, hacemos sagrada nuestra generosidad. Sacrificarnos deja de tener entonces un sentido meramente limitador, para tener un significado más grande. Porque desde el momento en que se lo entregamos a Dios ya no nos pertenece. Cuando nos sacrificamos en el tiempo de Cuaresma lo estamos haciendo por amor a Dios. Estamos logrando, desde nuestra pequeñez, que nuestra vida sea más santa, porque pasa a ser propiedad de Dios. Al hacer sacrificios, de **alguna forma, nos estamos consagrando a Dios y entregándole todo lo que tenemos.**

En este mismo sentido nos ayuda contemplar a un mártir que hemos celebrado esta semana, San Policarpo. Este hombre santo, cuando le piden renegar de su Dios, exclama: «*Durante ochenta y seis años he servido a Cristo, y nunca me ha hecho ningún mal. ¿Cómo quieres que reniegue de mi Dios y Salvador?*» Y cuando le quieren sujetar con los clavos antes de quemarlo vivo, les dice: «*Dejadme así, pues quien me da fuerza para soportar el fuego me concederá también permanecer inmóvil en medio de la hoguera sin la sujeción de los clavos.*» Impresiona su fortaleza, su capacidad para enfrentar una muerte tan dolorosa. Pero él no confía en sus fuerzas, en su capacidad natural, sino en la gracia que lo sostendrá en el dolor. Sin embargo, nosotros no estamos acostumbrados a sufrir, todo nos resulta fácil. Las comodidades de la vida moderna nos hacen blandos frente al dolor. Por eso, cuando pensamos en la Cuaresma, nos ponemos algo tristes al pensar que nos piden renunciar. Nos parece un tiempo gris, oscuro, en el cual renunciamos a muchos de nuestros placeres y concesiones habituales. Nos cuesta exigirnos. La imagen de la ceniza del miércoles no nos ayuda a la esperanza. La ceniza parece hablar de muerte, de dolor y olvido. No hay vida y eso nos angustia. Escuchamos las palabras de San Policarpo frente a la muerte, su esperanza, su mirada hacia lo alto. Y pensamos entonces que este tiempo de Cuaresma es una oportunidad para crecer. Recordamos las palabras del P. Kentenich: «*Bajo la protección de María, queremos aprender a educarnos a nosotros mismos, para llegar a ser personalidades recias, libres y sacerdotiales*»⁵. Estas palabras dichas hace un siglo cobran hoy un nuevo valor. Queremos educarnos para ser hombres de Dios, anclados en el corazón de María y del Padre. Queremos educarnos para ser hombres recios, firmes, sólidos, no hombres que se dejen llevar por las corrientes del tiempo. Queremos educarnos para ser libres, frente a tantas esclavitudes que se apoderan de nuestra voluntad. La Cuaresma es ese entrenamiento que necesitamos para aprender a vivir, por eso es un tiempo de esperanza. Los que se preparan para correr un maratón de 42 km entran durante semanas, se preparan con una dieta adecuada, se sacrifican y todo, como diría S. Pablo, por una corona que se marchita. Lo hacen alegres y confiados. **Y nosotros, que buscamos la corona que permanece para siempre, rehuimos con miedo el sacrificio.**

Por otra parte, el ayuno que se nos pide, no sólo se refiere a dejar de comer y renunciar a los placeres de cada día. No sólo se trata de ayunar de aquellas cosas que nos atan, o de cosas que no son malas en sí mismas. ¡Qué importante es ayunar de otras cosas como las críticas, los celos, las envidias y las comparaciones! ¡Cuánta felicidad damos a otros dejando de hacer aquello que no edifica ni construye! Hoy se nos pide un ayuno de lo que envenena a otros, de nuestros comentarios fuera de lugar, de nuestros malos pensamientos que nos alejan de las personas. Se nos invita a ayunar de todo aquello que no construye, de actitudes que son negativas ante la vida, de celos y apegos enfermizos. Se nos anima a ayunar de desesperanza, de tristeza, de desánimo. Se nos pide que ayunemos de odios y rencores, de envidias y desprecios. Porque está bien que queramos

⁵ J. Kentenich, “Acta de prefundación 1912”

alcanzar nuestros sueño y vivir una vida plena y feliz, pero no sin amor. El otro día leía una reflexión interesante: «*Está bien saber obtener lo que uno quiere en la vida, tener el valor de afirmar su voluntad y de llevar sus sueños hasta el final. Pero no sirve de nada si uno no es capaz de amar, amar a una persona, amar a los demás en general*»⁶. Sin amor de nada vale todo nuestro ayuno. Por eso es tan importante ayunar de todo aquello que no edifica y que no nos permite amar más y mejor. Podemos ayunar de muchas cosas materiales y es muy importante para educar nuestra alma y hacerla más firme en la entrega. Sin embargo, si nuestro ayuno no se plasma en una actitud positiva ante la vida, alegre y confiada, en una forma sencilla de amar a los que están más cerca, sin juicios ni críticas, no nos sirven de nada tantas renuncias. **Podremos ser maestros en la renuncia, pero sin amor no sirve.**

La imagen que nos acompaña durante la Cuaresma es la imagen del desierto: «*En aquel tiempo, el Espíritu empujó a Jesús al desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por Satanás; vivía entre alimañas, y los ángeles le servían*». Necesitamos volver siempre al desierto para encontrarnos con el Dios de nuestra vida. Decía una máxima de los eremitas del desierto: «*Siéntate en tu celda, doma tu lengua y tu estómago y te salvarás*». En el desierto aprendemos a escuchar a Dios. La oración del salmo se hace vida en el corazón. Se trata de nuestra petición constante: «*Tus sendas, Señor, son misericordia y lealtad para los que guardan tu alianza. Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas: haz que camine con lealtad. Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas. Acuérdate de mí con misericordia, por tu bondad, Señor*». Sal 24, 4bc-5ab. ¡Qué importante es aprender a amar la soledad, en este mundo que no nos deja estar solos! Como decía el P. Kentenich: «*Entendemos los cuarenta días en el desierto. Comprendemos su petición: -cuando oréis, entrad en vuestro cuarto y, cerrada la puerta, orad en secreto a vuestro Padre. Comprendemos la importancia de su petición a los discípulos cuando regresaban de esforzadas actividades apostólicas: -Venid, retirémonos a un lugar desierto, y descansad un poco*». La soledad es necesaria, aunque nos sintamos incapaces de buscar lugares y momentos para estar solos con nosotros mismos. Pero el anhelo ya nos hace crecer en nuestro interior. Decía Santa Teresa de Jesús: «*Orar no es otra cosa que tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama*»⁷. Es tiempo para cultivar en soledad la amistad con quien nos busca, con ese Dios personal que nos quiere y no nos deja nunca. Es un trato cercano e íntimo. A veces somos demasiado formales en el trato con Dios. Decía el P. Kentenich: «*Hay que hablar con Dios de manera original y auténtica, cada uno con sus propias palabras. Deberíamos aprender a dialogar con sencillez. Hablemos a menudo con Dios, pero no con la boca, con el corazón*»⁸. Nuestra oración ha de ser un descansar la cabeza en el pecho de Jesús. **Es aprender a confiar en sus planes sin miedo, entregándonos con paz.**

Pero el desierto también es el lugar de las tentaciones. Allí Jesús fue tentado por el demonio. El desierto, imagen de los extremos, es el lugar en el que Dios y el demonio habitan. Dice S. Juan Crisóstomo: «*Aunque Dios permita que las tentaciones sean de muchas y variadas maneras, las permite también para que sepamos que el hombre tentado se constituye en el mayor honor, pues no se dirige el diablo sino a los que ve en grande elevación*». Las tentaciones son más fuertes cuando más queremos servir a Cristo y seguir sus pasos. Cuando buscamos a Dios en el desierto, encontramos la tentación que nos invita a conformarnos, a no entregarnos por entero y nos quiere hacer desistir de nuestros grandes propósitos. La tentación nos sugiere seguir como estamos, sin cambiar. El demonio lo siembra en el corazón. Pero nosotros, ante las tentaciones, nos sentimos seguros porque Dios va con nosotros y porque ya lo hemos entregado todo. Ante las tentaciones, **entregamos el corazón a Dios, nos ponemos totalmente en sus manos y confiamos en su amor.**

⁶ Laurent Gounelle, “No me iré sin decirte adónde voy”, 263

⁷ Sta Teresa de Ávila, “Vida”, VIII, 5.

⁸ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 143-144